

# ELOGIO DE RAFAEL DEL ÁGUILA\*

CÁNDIDO PAZ-ARES

**1. El PRI y Marvi.-** Pertenezco a esa generación de profesores que iniciamos nuestra carrera universitaria en esta Facultad a finales de los años setenta y que hoy, treinta años más tarde, bien entrados en la cincuentena, comenzamos a tener en la vida “sensación de descenso”. La propia muerte de Rafa no ha sido ajena a ello. Como tampoco fue ajeno su carisma al impulso que experimentamos en los primeros años. Así lo sentimos al menos aquel grupo de becarios y penenes que entonces, de vez en cuando, nos reuníamos para tomar unas copas y hablar del gobierno de la Facultad. En el transcurso de aquellas veladas llenas de confusión, no sólo provocada por el alcohol, algunos descubrimos en Rafa al hombre cabal y responsable, todo un descubrimiento debo decir, digno de ser subrayado por su rareza. Todavía hoy no me explico bien cómo en aquel mundo en ebullición o ya en eclosión pudo hacernos vibrar una virtud tan adulta y poco excitante como la sensatez, seguro que tuvo mucho que ver la forma burlona y divertida con que Rafa la practicaba.

Era aquélla una época marcada por los pedigrís ideológicos, en la que este grandullón destacaba por no aceptar consignas, nunca quiso plegarse a las verdades oficiales u oficiadas. Tal vez eso irritaba a quienes llevaban en el bolsillo el misalito de Marta HARNECKER, pero el joven Rafa, siempre imperturbable, porfiaba en el uso de la razón. Tampoco se dejaba impresionar, menos aun intimidar, por los emisarios de aquella universidad tutelada. Y así fue como, poco a poco, casi inadvertidamente, fue convirtiéndose para algunos de nosotros en el hombre de confianza al que consultábamos, en nuestro “*hermano mayor*”, como me decía Fernando VALLESPÍN uno de estos días de atrás, en un líder a su pesar, pues no tenía de verdad ninguna vocación ni afición al mando.

La Facultad de aquellos años tenía varios círculos y éstos, distintas denominaciones. “*PRI*” –el PRI– fue el sambenito que se nos colgó muy temprano, y aunque seguramente no era un apelativo del todo amable, acabamos asumiéndolo con deportividad. Nuestro objeto social no era la conspiración como malévolamente pensaban algunos, simplemente la conversación. Hoy me parece una ironía que a Rafa se le haya podido tildar alguna vez de conspirador, él siempre tan renuente a ir de hurtadillas, tan dispuesto a dar la cara y no callar, tan defensor de la participación pública para construir una pequeña polis en el claustro de la Facultad.

---

\* Palabras pronunciadas en el Acto en homenaje al Profesor Rafael del Águila, celebrado en la Facultad de Derecho de la UAM el día 20 de mayo de 2009.

Muchos de nosotros continuamos militando en el PRI sin saber que lo hacíamos y, con el paso del tiempo, nos asociamos en el Marvi Club. Marvi era un restaurante asturiano de Alcobendas, donde nos hemos reunido, durante muchos años, prácticamente todos los días a la hora de comer. El cierre del establecimiento a mediados de los noventa por jubilación de sus dueños nos dejó a la intemperie, con una cierta sensación de orfandad, como si de repente nos hubiéramos visto en la calle privados del que había sido el lugar –o el hogar– de nuestra amistad. Fue quizá el primer aviso de cambio en nuestras vidas, la primera señal de que estábamos haciéndonos mayores. Un día al final de aquellos años gloriosos, regresando de Alcobendas a la Facultad, Rafa llamó nuestra atención sobre un gran cartel que el Ministerio de Fomento (o quizá entonces de Obras Públicas) había instalado recientemente al borde de la carretera. Y añadió con la gracia y la sorna que le distinguían: “*!Mirad, eso es en lo que nos hemos convertido ahora que ya somos catedráticos!*”. El cartel decía: “*PRI, Plan de Residuos Inertes*”.

Este es el telón de fondo de mi relación con Rafa, de la relación de ese grupo de compañeros de los que hoy me hago portavoz para recordar al que durante tantos años fue nuestro amigo y guía. Para trazar la semblanza de este Rafa que conocimos detrás de las tramoyas del PRI y en esa larga conversación que iniciamos en Marvi, comenzaré tomando a préstamo unas palabras con las que hace unos días Haro TEGLEN, que no es santo de mi devoción, retrataba a Juan MARSÉ. Porque Rafa, como el fabulador catalán, era, en efecto, “*la antítesis del fanático y del cursi*”.

**2. Antifanatismo.-** Buena parte de la obra de Rafa está dedicada a denunciar el peligro de los ideales y a combatir el fanatismo. No es una casualidad. Los que le conocimos sabemos que fue una necesidad, un imperativo de su personal constitución, una prolongación de su modo de ser, construido más a base de esperanzas que de ilusiones. Cuando digo que Rafa era la antítesis del fanático no me refiero sólo al fanático declarado, ése que vemos al otro lado de la pantalla de televisión entre multitudes histéricas que agitan puños o blanden banderas a favor o en contra de esto o aquello. No, me refiero al fanático silencioso, con modales civilizados e incluso con un espíritu morigerado. Está presente en nuestro entorno y tal vez dentro de nosotros mismos. ¿Acaso no conocemos a bastantes no fumadores que te quemarían vivo por encender un cigarrillo cerca de ellos? Rafa luchó contra la intransigencia abierta o encubierta, contra esos compañeros sindicalistas que le dirigían un gesto de desprecio o le ponían cara de odio cuando sugería que la Universidad es un sistema de ciencia, no un sistema de pensiones, o contra esos pacifistas deseosos de dispararle directamente a la cabeza sólo porque defendía una estrategia ligeramente diferente de la suya para estabilizar Afganistán o evitar el genocidio en los Balcanes. Su arraigada ética de la responsabilidad le había convencido de que muchas veces es preciso “*hacer la guerra para impedir la paz de los sepulcros*”, y así lo dejó escrito en su libro sobre MAQUIAVELO.

La insólita ecuanimidad de nuestro amigo era un precipitado de su antifanatismo. Hace no mucho, tras visitar una exposición sobre la guerra civil –creo recordar que era en la Biblioteca Nacional– se quejaba de que se hubiesen eliminado de la escena las quemas

de conventos y otros episodios poco edificantes de las fuerzas republicanas. Es una ironía que alguien que sufrió tan profundamente en sus carnes la opresión moral del franquismo y el nacional-catolicismo (y que la radiografió con tanta eficacia en su tesis doctoral) hiciera esta observación. Pero así era Rafa: decente, independiente, crítico, reflexivo. Y más: delicado, cuidadoso, juicioso, equitativo. Sólo había una cosa con la que no estaba dispuesto a transigir: la estupidez. Desde luego, sus hijos y toda su familia podéis estar bien orgullosos de él.

3. Elegancia republicana.- Rafa era también la antítesis de la cursilería y el engolamiento. Cuando hablo del “anticursi”, no me refiero tampoco al cursi de opereta, sino a ese otro cursi o pedante de más baja graduación que no escasea en el medio universitario. Nuestro amigo estaba en las antípodas. La sencillez era su marca más auténtica. Mi impresión es que sentía alergia, que incluso la sofisticación le producía sarpullidos. Este último fin de semana he estado muchas horas dándole vueltas a esto que ahora os estoy diciendo. Lo que más me costó fue darme cuenta de otra virtud suya, emparentada con la sencillez pero distinta o más específica. Pese a estar ahí a simple vista, nunca fui plenamente consciente de ella cuando le traté, quizá porque no sabía formularla. Hoy tampoco he encontrado la palabra justa, por lo que se me ha ocurrido inventarla llamándole “bajisonancia” o “bajilocuencia”. Porque Rafa era justamente eso, una persona nada altilocuente, un intelectual de deliberado perfil bajo, siempre quiso pasar desapercibido como tal, aunque pocas veces lo consiguió. ¿No habéis notado –pregunto sobre todo a los que le escuchasteis más a menudo– esa particular querencia suya a disimular o posponer su esencial condición de intelectual”? Hoy interpreto la guasa de que habitualmente hacia alarde en sus conversaciones como una estrategia inconsciente para quitarle importancia a lo que decía, el recurso frecuente al lenguaje de barrio, a veces también al acento de arrabal, como una treta o ardid para ocultar la brillantez de sus observaciones, sus constantes rodeos por los hechos corrientes y la imaginaria popular (lo mismo podía ser el estribillo de una canción hortera que un anuncio de televisión o un refrán castizo) como una extraña forma de vencer su timidez y evitar el embarazo, no fuera a ser que le confundieran con el intelectual estereotipado, al que tanto abominaba. De hecho, un capítulo importante de su obra inacabada estaba dedicado a denunciar la afectación y la impostura de tantos intelectuales –fuesen de los “implacables” o de los “impecables”–, tan preocupados por la foto que acaban convirtiéndose en pura pose.

Rafa era de otro mundo, estaba hecho de otra pasta. A pesar de la firmeza de su carácter o justamente por ello, tenía un extraño sentido de la discreción y la modestia, nunca interrumpía, dejaba hablar, no acaparaba, no subrayaba, no tenía ningún interés en oírse. Era un tipo suave y natural, con un sentido del humor especial, más socarrón que sarcástico, ocurrente, culto sin que se le notase. Nunca le vi hacer gala de su erudición, nunca quiso epatar. Tan amigos que somos los profesores de las citas, él las economizaba al máximo, las administraba, una cada diez horas de conversación, cuando ya resultaba inevitable.

Regresó de Florencia con un aire foucaultiano que la enfermedad habría de acentuar, pero estaba lejos del prototipo, conservó en todo momento esa elegancia interior del repu-

blicano que no tienen –o no tenemos– los radicales y los democristianos. No creo que interese mucho a nadie ni tengo tiempo para extenderme aquí sobre mi clasificación arbitraria de la humanidad en tres categorías: radicales, democristianos y republicanos. Es un mapa casero que utilizo con los amigos para ubicar a la gente que conocemos, y que nada tiene que ver con la militancia o las ideas de cada cual, sino con rasgos del carácter y la manera de seducir o simplemente de estar en el mundo. Rafa era un buen ejemplo del republicano. Ni que decir tiene que éste es el miembro de la clasificación en el que también me gustaría colocarme, aunque creo que mis genes (“aceiteiros”) me inclinan o arrastran hacia el lado democristiano.

**4. El hombre enfocado.-** En nuestros viajes matutinos (entonces vivíamos muy cerca de Isabel o yo, o ambos, solíamos traerlo en coche a la Facultad) hablábamos de las cosas que toca hablar a esas horas, y a veces de cine, al que éramos bastante aficionados. En una ocasión estuvimos charlando durante más de diez minutos sobre una película, pero sólo cuando doblamos la última gasolinera en el trayecto hacia la Universidad advertimos que no se trataba de la misma. Todavía ahora le estoy viendo en aquella escena partiéndose de la risa. Rafa le echó la culpa a esta arraigada y escolástica costumbre que tenemos los profesores de decir cosas sesudas para no entendernos, pero yo sé que fue un comentario piadoso para su interlocutor. Rafa era incapaz de andarse por las nubes. Siendo también benevolente conmigo mismo, atribuyo la confusión a la tensión baja, que hace penoso y retrasa mi despertar de manera inconveniente. Pero no siempre sucedía así. Otro fin de semana habíamos visto *Desmontando a Harry*. A Rafa le había fascinado aquel personaje que siempre aparece en pantalla borroso o difuminado, muchos lo recordaréis. La verdad es que fue todo un hallazgo de Woody ALLEN. A partir de ahí, Rafa elaboró sobre la figura del “desenfocado”, de la que se valió para improvisar una teoría sobre el estado de la nación y catalogar a distintas personas de nuestro gremio, a las que quería mandar al fotógrafo para que les ajustase el diafragma.

Traigo a colación esta anécdota porque me sirve de pretexto para ilustrar, con una figura tan suya, otra característica sobresaliente de Rafa. Porque Rafa era también la antítesis del desenfocado. La precisión y profundidad de su mirada eran proporcionales a su estatura física. Cualquier tema lo veía y diseccionaba con una claridad meridiana, ya fuera el problema del agua en Aragón, el velo en la escuela francesa, la democracia en la universidad, el declive de la vida civil o “descivilización” de los territorios históricos, la dinámica clientelar de la prensa nacional o la dificultad del debate sobre la energía nuclear. No os podéis imaginar bien con qué gracia trincaba el nervio de cada asunto y eliminaba la hojarasca; con qué rapidez hacía transparente la estructura de intereses y prejuicios de la discusión. El tratamiento de los profesores en Italia es de “*chiarissimo*”. *Chiarissimo professore* DEL AGUILA, clarísimo y enfocadoísimo profesor, ¡qué bien le cuadraban o le cuadrarían a Rafa estos títulos! Creo que todos sus amigos siempre le hemos envidiado la pasmosa facilidad que tenía para poner en claro lo que pensaba y para hacernos ver claro a los demás –a veces con horror por nuestro lado– lo que mascullábamos. Era sagaz, sutil,

perspicaz, penetrante. Agudísimo. Su capacidad analítica nada tenía que envidiar al bisturí de mejor cirujano. Por eso era un conversador y un escritor tan atractivo. Todo un foco de luz, de ahí la lucidez de sus análisis, la brillantez de sus formulaciones.

**5. El ágora de Marvi.-** El ideal deliberativo y reflexivo que atraviesa su obra no es un solo un ejercicio intelectual; era también un rasgo distintivo de su *modus vivendi* y de su práctica cotidiana, fuera en clase, en el seminario, en la radio o tomando un café. Nada de dogmatismo. Nada de violencia, no alzaba la voz, sólo sus dedos pequeños, delgados y acompasados. Sus amigos le considerábamos mucho y, por eso, tenía autoridad entre nosotros. Pero él no aceptaba la autoridad que le reconocíamos, nunca se cansaba de escuchar, siempre quería aprender, siempre estaba dispuesto a modificar sus puntos de vista con alguna apreciación de los demás, siempre atento, siempre ecuánime, todo ello con un enorme sentido del humor. “*Bien –me dijo un día en que debí obstinarme con un argumento economicista–, admito que la deliberación es eso que vosotros llamáis análisis coste-beneficio, pero ya hablaremos otro día de la métrica*”. Fue una de las personas intelectualmente más astutas y divertidas que jamás me he encontrado.

Nuestros largos y distendidos almuerzos en Marvi eran un pequeño ágora en la que todos hemos ejercitado el dialogo y el debate deslumbrados por las virtudes aristotélicas del amigo desaparecido: sagacidad para la práctica, capacidad para medir las líneas curvas, buen criterio, sentido común, ojo clínico, prudencia, empatía, ponderación, responsabilidad. Destaco dos aspectos: la definitiva importancia que Rafa atribuía a las consecuencias en cualquier razonamiento, político o de otra índole, y su enorme modestia epistemológica.

*“Tampoco yo hablo con la certeza de que es verdad lo que digo, sino que investigo juntamente con vosotros”.*

Estas palabras de SÓCRATES encabezan otro de los libros de Rafa y ahora, a toro pasado, me valen para introducir aquellos encuentros donde hemos pasado algunas de nuestras horas más felices. Porque los encuentros de Marvi eran justamente eso, una investigación conjunta sobre lo divino y lo humano, sobre las cosas más disparatadas que nos pasaban, que nos ocupaban o preocupaban, que nos cabreaban, que se nos antojaban o que nos divertían. Estoy seguro de que todos los que tuvisteis la oportunidad de participar en aquellos ágapes maravillosos convendréis conmigo en que nada hubiera sido igual sin Rafa, como ya nada lo será a partir de ahora. Rafa era el alma de aquel continuo festín. Estoy seguro también de que a él no le hubiera agradado oír esto, porque –repito– no tenía ninguna vocación de liderazgo ni de protagonismo, menos aún de manipulación, todo lo contrario, sólo buscaba el esclarecimiento y la risa. Una de las cosas que más detestaba era a los manipuladores, a los que toman a los demás como instrumentos suyos, de sus ideas o de sus intereses. Los llamaba “*ingenieros de almas*”.

Las ganas de hablar y de escuchar –las ganas de deliberar– no las perdió Rafa en ningún momento. Incluso en los últimos encuentros que hemos tenido alrededor de una mesa, cuando la enfermedad ya había hecho mella en él y la voz le temblaba, daba gusto comprobar su voluntad de proseguir la conversación. Nunca se cansó de conversar y de reír. Abierto, irónico, autocrítico, recuerdo ahora una disputa surrealista sobre el rango del trabajo que hacemos los profesores de disciplinas positivas, como el mercantil o el penal, que alguno de nuestros amigos más “científicos” o “filosóficos” no se cansaban nunca de rebajar, seguramente con razón. *“Si ya lo dijo Von Kirchman, vuestra ciencia es efímera, tres palabras del legislador y bibliotecas enteras convertidas en basura”*. *“¡Anda que la nuestra cómo es! –repuso ese Rafa guasón que ahora quiero evocar–; ni siquiera nos hace falta un legislador; basta con que se derrumbe un simple muro para que las bibliotecas del 90% de los intelectuales europeos, incluida la mía propia, queden reducidas a polvo”*. Aludía Rafa a la ingente literatura marxista que él mismo había procesado con tanta fruición en su más tierna juventud, toda ella en buena medida ilegible desde la caída del muro de Berlín.

Esta observación (entre bromas y veras, como tantas de las suyas) revela bien la ironía que practicaba consigo mismo y, al propio tiempo, su actitud modesta, nunca tajante –*“para ser hombre hay que negarse a ser dios”*, escribió una vez un poco lapidariamente–, su sentido nada dominical de la verdad, el modo siempre tentativo con que se aproximaba a cualquier cosa, la constancia en el esfuerzo reflexivo y cívico, su permanente disposición y exposición al cambio y, en definitiva, *“la política de medida”* que defendió, aquí y allá, sin desmayo. La cual –como escribiría más tarde–

*“no es en absoluto un programa ‘débil’. Por el contrario sólo se desarrolla en sociedades e individuos fuertes. Enfrentar la realidad con esperanza y sin ilusiones, ser veraz con uno mismo, no engañarse con cuentos balsámicos, estar dispuesto a evolucionar hacia otras posiciones, no es algo que sea típico de sociedades o individuos débiles. Más bien son las muletas metafísicas, los grandes ideales que ofrecen seguridad, garantía y certezas, los que denotan a la postre debilidad. Y esto lesiona la capacidad y el coraje necesarios para enfrentarse al mundo, aprender y evolucionar [...] El núcleo de las políticas de medida es la voluntad de escucha, no el asentimiento. Lo que se exige es reflexividad, no aprobación”*.

**6. Chiarissimo professore.** – Otra de las cosas que más me admiraban de Rafa era su extraordinaria capacidad para transformar la dificultad en facilidad, la complejidad en simplicidad. De esa formidable potencia de transformación –era sorprendente su capacidad de procesar datos, fuentes, obras, acontecimientos, pensamientos, sentimientos, etc. y convertirlos rápidamente en conocimiento claro, fácil y sencillo– se han beneficiado también muchas generaciones de estudiantes, a los que no les resultó difícil reconocer en él al “clarísimo profesor” y, en última instancia, al sabio. Precisamente esto es lo que nos

recordaba una alumna suya en el email que le envió a Fernando cuando tuvo noticia del fallecimiento de Rafa y que Fernando circuló entre sus amigos. Extraigo estas palabras de su emotivo testimonio:

*“Me ha dolido en el alma está pérdida porque tal y como Ud. escribió en El País –se refería María José a la necrológica de Rafa que Fernando había publicado el día anterior (“Ha muerto el mejor teórico político español”)–, su carisma le hacía brillar siempre por encima de los demás... y eso era cierto. Era inevitable escucharle hablar y volver a verlo sin luz, como un sabio, siempre le consideré así. Sus clases eran puro silencio, sólo se le escuchaba a él, pero es que no se podía escuchar nada mejor, si algo recordaré siempre de él será su voz y sus palabras”.*

Tal vez María José suspendiera la asignatura para volver a estar otro año con Rafa. Ella sabía que una lección de Rafa era siempre una lección sobre la lección. No me hace falta haber estado en el aula para tener la certeza de que el clarísimo y *carísimo* profesor suscitaba entre los jóvenes que tuvieron la fortuna de escucharle, como la suscitó entre sus amigos menos jóvenes, la admiración moral, esa emoción tan gratificante que nace del deseo de emular la excelencia ajena. Me decían uno de estos días pasados que todas las promociones de ciencias políticas de nuestra Facultad le eligieron a él para oficiar la representación del profesorado en la celebración de la licenciatura. Para mí no es ninguna sorpresa.

**7. Voluntad de ser feliz.-** Esa portentosa capacidad de transformar lo difícil en fácil también se extendía a su experiencia personal, a los materiales de que estaba hecha su vida más íntima. Los que le tratamos más de cerca sabemos que, más allá de la extraordinaria austeridad con que tuvo que vivir durante largos años, su vida estuvo erizada de dificultades, que hubo de cruzar tempestades que a cualquiera de nosotros le hubiera conducido al naufragio. Rafa se acercó a sus últimos días desgarrado, con heridas profundas. *“Llegó con tres heridas”*, como en el poema de Miguel Hernández, que es inútil describir aquí. Pues bien, también estas dificultades –y todo el caudal de aflicción y dolor que trajeron consigo– supo transformarlas en entereza, tranquilidad, serenidad, mesura, lucidez, respiro para continuar, sólo una rara fuerza interior hacia posible este prodigio o milagro. Poco sabemos de la maquinaria escondida detrás de su envergadura generosa que era capaz de abastecerlo de tal dominio sobre sí mismo, muchas veces nos parecía sobrehumano, desde luego nos lo pareció aquel día o aquella noche que refiero a continuación.

Rafa era reservado, pudoroso, de emociones contenidas, anglosajón hasta la médula, pero tras más de treinta años con él no todo nos resultaba opaco. El silencio de las últimas semanas no presagiaba nada bueno. Teníamos que vernos. Marta y Pedro organizaron una cena en su casa a la que Rafa llegó con algún retraso. Le esperábamos con cierta inquietud. *“¿Cómo andas, qué tal te van las cosas?”* fue nuestra primera pregunta cuando al fin le vimos entrar. *“Sentaros y en cinco minutos os cuento”*. Creo que le bastaron dos, y ciertamente

las cosas no le iban muy bien. Le iban rematadamente mal. Quedamos boquiabiertos, demudados, no sabíamos qué decir. Imaginando los pronósticos o conjeturas que todos debíamos estar haciéndonos, tomó una bocanada de aire y bromeó para quitarle hierro al momento. No sé exactamente lo que dijo, sólo recuerdo que hizo una observación algo enigmática, quizá dijera que “*entre todas las formas de error, la profecía es la más gratuita*”, al fin y al cabo la frase está escrita en uno de sus libros, o algo muy parecido. Sabía que nos había impresionado, que nos había contagiado parte de su dolor y, desde aquel instante, se dedicó toda la noche a aliviarnos, a hacernos fácil la vida de nuevo. Fue una velada inolvidable. Acabamos más allá de las tres de la mañana riéndonos con sus ocurrencias, cómplices de sus ironías, rememorando el paso por la Ribeira Sacra en nuestro último viaje, disfrutando de sus análisis sutiles y certeros de la actualidad, seducidos una vez más –desgraciadamente ya no quedarían muchas más– por el pragmatismo, el realismo, el pluralismo, el relativismo y no sé cuántos ismos más de que hizo gala hasta el último día. Todo un derroche de buen humor, de inteligencia en definitiva. “*La inteligencia –cuánta razón llevaba el poeta Gabriel Ferraté– se demuestra en la habilidad para ser feliz*”.

Rafa era, de verdad, un hombre feliz incluso en la peor adversidad, un hombre suave, el amigo suave con quien todo era fácil, hablar por las mañanas cuando llevábamos a nuestros hijos a la guardería o simplemente no hablar, porque madrugar era ya bastante castigo. Acogedora, no invasora, ése podría ser el lema de su amistad. Quizá tuviera algunos ataques de ira, el mismo confesaba que ésta era una de sus debilidades, le sacaba de quicio la estupidéz. Yo nunca llegué a sufrirlos, pero sé que ocasionalmente no podía evitarlos. Alguna válvula de escape o descompresión había de tener aquella fabulosa fábrica de facilidad, serenidad y buen juicio.

**8. Vallespín, Lelio y Escipión.**– Ya termino, e inevitablemente, Fernando, tengo que referirme a ti. Muchos recordaréis a Fernando Vallespín vestido de patricio romano entre las columnas del Prado en aquella contraportada de *El País* con que nos desayunamos hace unos años. Evoco esta estampa que tanto había hecho sonreír a Rafa porque hoy veo en ese Fernando con túnica y laureles a Laelius, a Lelio, seguramente la más perdurable representación o encarnación de la amistad.

*“Desde que el mundo es mundo apenas se recuerdan tres o cuatro parejas de amigos, entre los cuales creo poder esperar –escribía Cicerón en De Amicitia– que la amistad de Escipión y Lelio será conocida para la posteridad”.*

Eso pienso yo también de la amistad de Rafa y Fernando –la amistad de los “huerfanitos”–, que muchos de nosotros tenemos igualmente por arquetipo o paradigma de la amistad. Sobre mi amistad con Rafa –sobre la amistad de todos aquellos de nosotros que tuvimos la fortuna de ser sus amigos– me gustaría decir lo mismo que Fernando Lelio respondía a Escévola a propósito de su amistad con Rafa Escipión en el diálogo recreado o imaginado por Cicerón:



“Con todo, el recuerdo de nuestra amistad me procura tanto gozo que creo haber sido dichoso por haber vivido con Escipión, con el cual compartí los cuidados públicos y privados, la vida en Roma y las fatigas militares”.

Con Rafa compartí algunos cuidados públicos y también algunos cuidados privados, pero Fernando compartió todo eso y mucho más, la vida en Roma (la pasión y la decepción con la república, con la política) y las fatigas militares. Rafa tuvo muchas fatigas militares, la última de las cuales fue su ejemplar batalla contra el cáncer, el derrumbamiento o desmoronamiento interior y la muerte, en la que en todo momento estuvo acompañado por Fernando. ¡Con qué indescriptible solicitud le brindó su ayuda y su compañía en los momentos terminales! Cuando Rafa estaba ya postrado, sedado y apenas consciente, era verdaderamente conmovedor ver a Fernando cogerle la mano o acariciarle el rostro y hablarle durante horas en espera de alguna mueca, de esa leve sonrisa que a veces le devolvía, siempre irónica y condescendiente. En las últimas semanas no dejó de ir a verle un solo día y de esta manera alivió, junto a su familia, la inevitable soledad del moribundo.

**9. Lo que nos espera.-** Recordaba al principio que todos los profesores y amigos de su generación ya estamos bien entrados en la cincuentena, que algunos hemos sentido incluso ese clic que nos avisa del inicio del descenso. Solo me resta decir que, a pesar de que seguirá invicto en mi memoria o tal vez a causa de ello, para mí va a ser muy duro envejecer entre estas paredes sin Rafa.

Gracias por vuestra atención.